

LP5
EDITORIA

EL LIBRO DE LA MURIENTE

ROGELIO AGUIRRE



EL LIBRO DE LA MURIENTE

© EL LIBRO DE LA MURIENTE

© Rogelio Aguirre

© Edición Digital, 2020.

LP5 Editora

Colección Poesía para descargar

Maquetación y portada: Gladys Mendiá

Obra de la portada de Stephani Rodríguez

EL LIBRO DE LA MURIENTE está bajo
la licencia Creative Commons:
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
4.0 Internacional License.

Fox Island, WA, USA, 2020



EL LIBRO DE LA MURIENTE

ROGELIO AGUIRRE

a Beatriz

a Pirineos

a Los Símbolos

¿Cómo aprender a morir?

-ha de ser una cosa en extremo difícil.

Seguramente requiere mucha humildad y mucho gobierno. Toda una vida de trabajo y de meditación.

Y si uno se pregunta para qué aprender a morir,

la respuesta surge de por sí:

aprender a morir es aprender a vivir.

Y aprender a vivir es, en definitiva, aprender a conocer,

pues no deberá olvidarse que, para conocer, primero habrá que aprender a conocer.

Jaime Sáenz

CALICHE

Soy la misma de ayer,
cerrojo en mano, jaula de septiembre,
la misma de ayer, doctor,
la cartógrafa de la Catorce,
la heredera de esa costumbre de trazar
páginas con la muerte.
Son mis radiantes años en versos,
ramas tipificadas a orillas de una plaza,
Ley severa, doctor, Ley amada como Islandia,
su semblante roto alejado de mí.

Fantasiosa sombra oriental,
aunque el sol no parta esperanzada cierro mis ojos,
contemplo el horror de este mundo:
acuosas bolsas amontonadas en aceras
donde reunimos pimpinas,
donde cultivamos flores fétidas,
espesas como el hedor de otro vertedero.

Mocos y lágrimas hunden mis párpados
antes de que arribe la Montaña visionaria,
de que se me inflamen los ganglios
y ponerme la peluca no pueda.

Desconozco la hora de llegada,
me distraen sus palabras,
sus pétalos intactos,
sus falsas gotas escurridas,
los focos, las luces,

alumbrada semejante soy siempre
no sé cuándo naceré,
nada alcanza en este mundo.

Voy con mis cordones desamarrados,
la nariz ensangrentada, el asfalto,
católica caminata.
Adiós cautivo doctor,
por los siglos que pasaron pude reconocer
la calle Stalin, la calle Freud,
presurosa soy La Muriente,
recojo testimonios de madres,
de padres absortos.

Yo cruzo la calle Marx como una frontera,
sentenciada bala lagrimal, tuertos mis ojos,
arqueadas melodías estremecen el ritmo de mi zapateo.
Ahora no cabe más soledad,
los míos descansan
en la tierra que abandono,
sueñan marchitos
entre trago y diluvio.

UNA GRAN FIESTA

I

*Entonces yo iba a visitar a la vaca
y la veía acostarse en la penumbra.*

Vicente Gerbasi

Era un olvido que estaba en todo sitio.

David Huerta

MIÉRCOLES

Pasa la vida tras el volante,
solana tras la espera,
tras un milico que respira hondo y anota:
259... 260... 261...
Sin detener la escritura, la cuenta de reses a sacrificar.
Quieto,
los zancudos retumban,
no hay manera de pensar en la infancia
sin ese aroma de provincia puerca,
sin la propaganda idónea, el plástico y la manguera.
Río abajo hay otros números que duermen al pico de la bomba,
en línea, habitados por su olor,
por las ganas de empujar la chola
120 Km/h
y dejar atrás la pestilencia de quienes se arriman a tanquear.
Río abajo el fruto de la culebra nos congrega,
nos hace soñar
harina, carne, huevo; el fruto,
su prestigioso veneno nos recluye, nos calcina en los depósitos.
Río abajo los dedos en el manubrio, la noche de color insano,
la gandola ardiente dijo el vigilante al soñar despierto,
como si lloviera en temporada de cosecha, como si nos ganáramos una rifa.
Abajo nos congregan los billetes, el líquido y la putería,
eso pienso tras el volante
eso quiero.

Agua excretan mis pies al cubrir la cuesta,
cuello abajo veo el charco mientras cae sudor.
Claro es el paseo,
ardiente el cielo me acompaña.
Arriba.
Mejor no estancar la mirada en las matas,
no perder lluvia en sus raíces.
La espalda ojos tiene sobre el rastro,
pendiente arriba
cautelosas van mis patas
como una presa,
mis pisadas cubiertas de bosta.
Firme el paso bovino soy ajena a hedores,
solo ansío observar cómo los del monte se acercan,
cómo afilan la mirada cuando procuro sanar un mal de ojo.
Yo asciendo sin estómago, comiendo plástico,
yo asciendo sin voluntad en el país del viento,
de la bolsa calcinada.
Sé que me alcanzarán,
arrastro una carga con mi sangre,
los patrones me halan del cuello,
amarrada la cabuya
quiebran la ilusión.
El hambre no puede saciarse.
Algo desgarró mi nuca,
dejo de pensar en las matas
y en el agua,
recuerdo por qué estoy aquí.

Veo la terracota después de escupirla,
es poca cosa la escalera.

Mis rodillas crujen, son troncos testamentarios,
el residuo del papel, las piernas cruzando umbrales;
hay una lengua detrás de la grama
que no logro arrancar.

La cascada se pierde, ¿la ves?

Huele a uniforme, a gorra y manguera.

Tras el monte aguardan sus ojos, las garras sobre el plato vacío,
cubiertos, una alacena oxidada.

No buscas sino pan en la gota que rebosa el tanque,
que incendia el juego cotidiano.

No ves más que un uniforme sucio,
las botas rotas, el cuello negro.

No más que semblantes de perro en plazas sombrías,
mierda en los zapatos, en los bolsillos,
en los rojos hierros de la autorrealización,
en mi carne, comida para moscas.

Todo vertido en el prado,
revueltas las pimpinas con el agua
sin manantiales para beber o calmar.
Así la comunión nos sirve,
el pasto nos bendice al atrofiarlo;
es esta la guaraña extremidad sanadora,
día y noche de motores;
todo revuelto en la fecha que se repite.
Detrás del cadáver la misma estrofa,
la vaca con su verdugo,
potrero negro, india soledad.
Y el caballo, manso como las matas
reanuda el paisaje:
la tierra agria con la siembra, vicioso círculo
vertido de bosta que deja al subir.
Es inútil quejarse,
desamparado con la pluma en la frente sé:
otra cosa podría recordar, nada,
revuelto el escritorio sin hojas que valgan,
me encierro en las normas, en los próximos poemas.
Algo puro debe existir entre tanto río hediondo,
no una caligrafía perfecta, trazos para empuñar blanda
una palabra entendida, un guante en el rostro.
El poema se pierde al caminar,
al impactar talones sobre la acera.

Aparecieron las moscas,
la boca llena
 el hedor me reclama,
bendita la pisada, ala muerta;
cundes pánico en el agua.
Bendita la negrura atraída,
la nube sobre humo claro,
la nube de aceite, olor a vómito.
Mi carro espera, cómo me gusta inhalar
arcoíris en asfalto, la fragancia entra por mis ojos;
cómo me gusta esperar, maldecir,
taconear la huella que abisma,
que espera oculta
para lanzarme al río,
volverme piedra,
volverme parásito,
presa de pollo.

LAS MIL QUINIENTOS

Adiós contigo, moneda, ojo de rapiña, cría sin morder.

Napoli nos estrangula, en el camellón altas naves germinan sus frutos de oro,
somos Las Mil Quinientos adornadas al bajar,
al girar la falsa caricia de la tinta.

Por la mesa grande ostentamos rojos bacanales,
como si de humo se tratara escondemos los rostros.

Todas hemos muerto, no tenemos nombre ni apellido,
nuestros hijos nos besan con papel y lápiz.

Somos novias del bovino y del pasto alto,
con garúa en los ojos, miel en las bocas;
poema del valle, extranjeras delineamos el sonido de los camiones
para andar en cuatro patas.

Esa es la señal.

Somos convocadas para la desdicha,
para rondar el gran tablón.

Napoli nos aplasta,
la tierra es extensa, capataces pesquisan nuestros escotes,
las manos doradas,
pensamientos tejidos.

Cruzamos pasajes con firmeza:
no hay mariposas, solo ron y porqueras;
surcamos de pasarela, las abiertas bocas
los padres de familia pronto cerrarán.

No hay gloria sin billete,
no descansa la mula en penuria.

Napoli, sus prados nos abruman,
sus cuentas bancarias cada lunes nos regocijan,

son números para las familias,
buena carne para los ganaderos,
platos llenos para mí.

REGICIDIO

Déjalo caer,
déjalo quebrar el cuello de la bestia,
la gran barriga que toca los estribos,
déjalo aprender, déjalo soltar plata y que se haga el muerto,
que lloren las hijas, que la música no pare.
Todos le llaman patrón, mi rey,
todos le ven cultivando su jeta morada en el patio,
su finca es una pasarela laureada para la bestia,
preñada pieza de carga,
zapatea.
Déjalo bailar.
Anochece boca de pezuña,
no hay mujeres pero no hacen falta,
abunda la bebida, la carne sobra,
la yegua llora al pasar,
rechinan sus muelas de la paliza que le espera.
Sus patas para algo sirven,
déjalo arrastrarse, nos dicen,
déjalo.

ZEBRA

Había tigres tras las ventanas, tras las sombras
el calor guarnecía de negro a los trapos,
mordidas las patas, el muslo, el tatuaje con forma de corazón
resaltaba las páginas de este libro.
Había remojo, charco, ropa blanca,
ya no relucía el pintalabios, ya no ahondaba en el espejo
las rayas que le dejó el marido cuando trancó por dentro el habla.
Ya no alzaba la cuerda, no más flores, descansos, clorophila,
no más carreras, viento, saliva;
llegó la hora de surgir, de llevar el cuello entre los dientes,
de ceder la cuesta, de esperar:
verás venir la pimpina, el colmillo,
verás crecer la fuente,
verás alimento, verás plata y encerrada asfixiarás,
you'll be like a blind person watching a silent movie, dice Simic,
sentado en la acera con otras bestias municipales
hablando de números y familia.
Los niños vivirán atados a la camioneta, con suerte a la gandola,
tus hijos tragarán octanos para acallar gastritis,
tú misma serás ciega, tú misma en oferta aceptarás un hogar,
ya sin fieras, sin pasos, sin olores,
blanca, negra,
impaciente bajo tierra.

EL SAMÁN

La noche es quieta cuando me tocan las ramas,
las flores, el rocío bajo el gran árbol de la iglesia,
se me ofrece blanca, reunida cada hebra
como si fuese a parir.

La noche se acaba, tranquila como leña,
como ascuas en la sangrienta mañana.

La noche es esbelta como el hombre.

Sus botas son barro en la alfombra

y se acerca, erguido

cuando me creo frágil

y veo

oscuridad; mejor dicho

unos ojos bajo el samán podrido

me vigilan, me esperan, me angustian.

Soy la iglesia y un ojo morado,

soy mi marido pisando los adoquines

como si de hembras se tratara.

Soy las flores, las piedras, las matas secas del hogar,

la quebradiza pintura ensombrecida por un coloso,

hierro, óxido, un pálpito de sangre que se parece a mí.

Sopla, caen los brazos del viejo árbol,

nada perdura, la iglesia será una escuela en ruinas,

la plaza será ebria, buhonera casa a donde voy a dormir.

Se robaron la vaca.
Estaba oscuro,
la autoridad saltaba el charco.
No esperaron ni un día,
se robaron sus patas, sus costillas,
algo nos trancaba la noche,
la persiguieron, la tenían vigilada.
Tú lo sabías,
tú tanteabas la bosta al pasar,
tú creciste con ojos de presa.
La encerraron en la casa autoritaria y se acabó.
Para eso sirvieron las ramas, los bombillos,
un candado y un camión.
Para eso el mecate,
los hilos ahogados de la vela.
No viste nada,
no eres quien para alzar la cabeza,
trota,
sigue la hoja cortada,
pierde los estribos, la tracción.
No simpatices, ya está muerta,
vendida.

II

Acá, Tadeo, se nos han ido acabando las certezas.

Día a día se nos resbalaron sin que pudiéramos retenerlas.

Sara Uribe

CONVERSACIÓN CON LAS LÍNEAS

Las estrellas cubiertas por ramas encienden los colores dispersos de las camionetas. Azul, Negro y Gris reposan sobre las bancas como sobras del basurero. Negro se levanta con el pie izquierdo, la manguera se traga al tanque, cobrizas las botellas guarda. Azul avanza la mano en el pajar, la magnífica flora de su hermana va en el paso de cebra inmaculada hundiendo pasajeros, dos piernas, dos quebradas secas implora la ciudad del río mientras bebe aguardiente, es amena la espera. Más allá del caucho arde la recta, la meta imaginada, tanque lleno y cilindro dentro. Turbia lengua de Gris, escupe como si no excretara con la soga, habría que cortarle las estrellas y aguantar. La línea es inmensa, infinita como el asfalto, a través de ella el ojo descubre los colores. Negro camina como si se hundiera en la próstata, dice Azul, como si escogiera su propia muerte. Cada elección es un deceso imaginario. Perdemos el tiempo.

LIENZO

No tenía más sueño. El médico labraba su guante, era insólito el tacto al descubrir que ya no iba a caminar. Vi los pasillos repletos de espejos y susurros, vi la expresión del plástico forzando aberturas cuando fingía adorar serpientes. No tenía más sueño, conocí el paseo celestial, blancura innecesaria, brillo. Unos ojos se detuvieron, ofreciste plumas y nidos, tus manos eran papeles incinerados. No tenías sueño, pero sí sombra en los párpados, punta en el calzado. Abriste la puerta como si arrancarás las flores del araguaney. Halaste el lenguaje hijo del motor, un inquieto zumbido despertó a los pacientes. Ya habías entrado, no parecía tan rojizo el labio, la boca no tan encharcada. Siempre habrá un ojo, dijiste, siempre sudor o maquillaje quedará. Una gran fiesta, un gran pantano sin acuarelas.

Despídete de la casa. No elimines palabras, mensajes, fotografías. Cielo blanco sobre óleo, barniz al aire. Multitudinario seas con la cámara en el cuello, la pantalla, pupilas secas, la pantalla, pupilas negras, números en vez de apellido: 259... 260... 261... Tienes suerte de cercanía, tienes luz, tienes hambre, tienes plástico. Multitudinario seas hijo de la pantalla, luz en tu hogar negro, quebradizo, caído, amoldado al espíritu, creciendo con espinas, soñando con culebras en el zaguán, con sus mosaicos de iglesia, con el divorcio. Baja el seguro claustro móvil, nalgas sobre pierna, mensaje sobre símbolos, segundo por segundo hacia el núcleo de nuestra ciudad. Qué desperdicio, qué cobriza añoranza nos carcome, qué benigno traslado nos purifica: sin hogar, sin mujer, sin billetes, un espacio de anestesia.

Noche larga. Te pierdes entre las linternas, sanas el río, no somos los mismos, no hay identidad cuando cruzas pasillos. Tu vida es una imagen cortada, insuficiente, cada trazo nos condena como vacas en la lluvia, cada ventana brilla y la calle es negra, las cortinas envuelven niños al cantar. Me pierdo entre las linternas, blanca la nevera, escribo con las uñas, con el bombillo quieto.

No hay sombra en el autobús. La espera es paupérrima, asientos deshilan olores de cerdo, no abren ventanas. Estoy sentado a la esquina de la miseria, a la izquierda el futuro embarrancado de piedra fronteriza, a la derecha semblantes amarillos hacen del viaje otra muerte. Los pasajeros corroen la música fúnebre por sonar, no sé de murientes desfachatadas, de padres ciegos neuróticos; los pasajeros hacemos de este día santificada mierda, compramos baratijas con desprecio. La gota cae perpetua. La lengua me es ajena como el paisaje. Transpiro con el don de las garrapatas, me limpio con la otra carne. Del día somos y a la casa nos vamos. No se confundan.

Gris, Azul y Negro. Cada hogar es indiferente. Cruzo los ríos, los arbustos, las bestias. Cruzo los brazos y la mesa tiembla. Cruzo los puños. Tuertos techos polvo son, filo de palabra, voces de ninguna parte. Son penetración, medicamento y petróleo. Son máscaras, bisturís, actos legislativos. Son doctores, son poetas, son perras. Son manchas en el vientre, ardor en la próstata. Son letras, no poemas. Son reses, no personas.

Un extracto de luz descubre vicios en el cristal, es mi rostro advenedizo, negado, hospitalario, mi rostro río de montaña, de sol quemado, hundido en la noche casi, en la garra del zamuro. Luz trasnochada, estás muriendo, naces dormida, un remolino blanco acapara el silencio, me dejas solo, trabado, ala rota en declive, me dejas solo y espanto a las sombras, a Ravel. Siniestro verde, aguardo pisar los campos, pastar, dejar de inventarme un espejo donde solo hay cloaca, no es el tacto ni la suela del párpado lo que me ensueña. El cielo divorciado no hace sino brillar negro, proyectar lejanías, rostros punzocortantes, calle adentro: caucho sobre blanco en óleo, reconozco el sabor, caigo de rodillas con tornillos saltando en mi mano, bujías cada vez más grandes, pistones abismados en los ojos; humillado con la ropa mojada. No hay nada aquí, me quedo.

Cruzar el puente es dejar caer la bolsa, arrastrarla, verla resplandecer sobre techos alumbrados, reposar en los árboles secos, descomponerse en halos de negrura. Todo pasa por la bolsa, arroz, lenteja, hueso. Los colores germinan en su asoleada presencia, apilada en las esquinas, en las quebradas, en los charcos, en la casa del jerarca. Podría decir: soltar la bolsa es abolir extremos. Adiós soberanía. Cada bolsa trae prejuicio de legislación, cada costra es un hombro aplastado, el hierro. Cruzar es hacer de la bolsa un rito, aplaudir ciénagas y vertederos, hundir el tacto fóbico, orar con el vientre. Del pie nace la bolsa, su maculada silaba, su ilegal previsión, del pie muere la bolsa, de estar colgada, aplastar lo construido. Yo no sé si la bolsa me exige pisar el puente, o si él me obliga a romperla. Algo sabrán los expertos.

TOWN

a Maryolga Aguirre

Sentarse a esperar, escaleras, sentarse a pasear los ojos en el balneario, eso hacíamos, eso resumía las rutinas en la plaza, sentarse a transcribir con calma hasta que iluminados no fuéramos, hasta que el bombillo estallara, no hubiese chispa, divino halo. Eso llenaba los bolsillos y las neveras, pero no los relatos magistrales, los pupitres acolchados de la última clase, no llenaba los espacios, los retratos parecían repetirse en círculos, horas críticas y llamadas. Así escuchábamos cada funeral, sentados sobre modelos contractuales, sobre fechas límite, leyendo cada párrafo en voz alta, como ahora hago.

III

*Nací en una generación.
Pero antes había otra generación.
Antes que yo y antes que la mía,
Y ella era sabia en sus letras
Que no necesitaban acusarse demasiado
(O tanto) o tanto
Para mostrar alguna verdad.
Nací en una generación,
Oh vida – el tonto en su reclam.
Aquellos antepasados fueron libres.
Con una libertad rayana,
Con una estupidez casi imposible
Hoy de lograr, gravitan como nuestro modelo.*

Oswaldo Lamborghini

*The language, the language
 fails them
They do not know the words
 or have not
the courage to use them.*

William Carlos Williams

EL LIBRO

Hundido en agua,
el jabón cubriendo las axilas,
las palabras del poeta recién bañado
se alejan en tubos, subterráneas
voces en vano cruzan la frontera
entre idea y sonido.
Ya encharcadas de sí, de cabellos,
de hojas rotas, otras membranas
cotejan la hora, la respiración legítima,
los pasos a tomar si vamos a escribir
otra cosa que no sea niñez, que no sea
página sobre palabra, un libro para leer entre tragos
y banquetes ajenos.

Filtradas las sobras, perdida la pulpa del poema
se adquiere un sentido de ceniza, una mancha de pájaro,
un lenguaje adversarial discurre en la lectura
y cierra los ojos,
abre la página 51,
adelanta el minuterero,
su teleología de historiador,
su insignia, su viaje,
no otro vuelo,
grasa de motor,
hora inútil de copiloto.

Cierra las ventanas para no empujar el carruaje,
no surtir los vehículos alineados,
minuciosamente escoger cada galón,
la casa el vertedero,
incendiar los galpones, la terracota,

manchar todo de negro como los bombillos,
como el cobre cubierto, como un transformador calcinado,
sonoro,
en reparación,
una cinta amarilla que desgrana,
un levantamiento, una mano tiesa,
unos seres que cargan a otro,
así quería escribir, sobre mis hombros,
en la urna
con la boca abierta.

LA FRÍA

Para comenzar haz del sueño una llama comunal,
una redoma, otro mercado exuberante
donde cada paso es comida para perros.
Para comenzar haz del tiempo una rueda,
un espacio consumido por los árboles:
los samanes son techos infectados,
las raíces nos aterran,
nos hacen sollozar entre tanta boca desechable.
Para comenzar haz de tu vida un juicio
y quiebra oraciones como si fuesen verídicas.

Toma el pulso del borracho, del sobrio, del niño,
la madre soltera aplastando polvo en el autobús.
Toma el ritmo del regreso, viajes para perder,
rodar al borde de la ignorancia.
Tú dices: *los libros nacen de la infancia y la enfermedad,*
madres muertas y demacradas hacen gala del poema,
fachadas repetidas dividen el sueño.
Cruzo el gran río y veo la hoja estallar en Mesa Alta,
multicolor cierro los incautos ojos,
manan vitales líquidos, cobrizos, apuñalados
por el ruido de la maquinaria y de los festines.
Hay rojo, blanco, negro y piedra por doquier,
la grama se inclina de furor, niños preguntan
si los huecos son para llenarlos de carne picada,
mente de lecho, de mar, de pez, de gallina.

Haz el poema caminando cada esquina impura,
cada carcasa de sacrificio,

sigue esbozando la mirada en el papel roto,
inválido de carcoma los agujeros demuestran claridad:
naturaleza, transparencia, muerte de la escritura,
río incendiado, semanal, casa viajera, empuja el vehículo
hasta tanquear.

Se invierte, se escribe para no recordar el cerro,
gloria tras la iglesia,
para no revivir la suela gastada, adolorida.

Se escribe para no leer, no recordar cada línea,
cada trazo de tinta decepcionada,
para dejar la universidad,
ver cómo se hundan las fachadas matutinas.

Se escribe desde arriba, desde abajo,
en el centro de las oficinas, de ocho a seis,
abandonado gris del desahucio.

Un festín de muertos, una fiesta de luz o una grieta.
Olvidaré para aproximar el río a la casa.
Retomaré el samán como punto de partida,
raíces, ventanas, flores acariciadas de catástrofe,
un gran incendio, gran luz encausa su curso
cuando escribes,
sentado contra ti fallas,
cauterizado por la manguera del lenguaje.

CHUCO

Los semáforos no existen.
Paredes y rejas trancadas por dentro retuercen la humanidad en el zaguán.
Intempestiva se levanta la acera, no seas más concreto rayado,
dice mi abuela al desvestir legumbres, no más lata con bareque en la parroquia.
Recupera el mirar anciano, los colores no existen,
solo hay curvas y huellas de cebrá mientras reluce la immaculada palabra,
dice mi abuela, haga brillar la loza,
la clínica está demasiado lejos, deja que arda la cavidad anal,
no lo ha dicho, pero piensa.
El baño masturbado mi nieto profanó en un círculo de locura,
tan enfermo hombre de ventana no queda más color para usted en la sombra
ni el cielo tan claro, ni olfato u oído al sentir lata sobre plástico,
ahí yace demacrada la costra familiar en la esquina,
rojo y blanco escuchas decir,
no sabes la nitidez de las ratoneras,
de yusas raquílicas mascando cañería no queda más.
Tras las paredes adolorida mi abuela imparte justicia
con el chuco que dejó el marido antes de partir;
no es más dolor mi enfermedad
sino ansias de pisar los escalones,
de mentir cada mañana con el libro entre las manos
trazado de rubores que dejé de conocer.
Hundido en vinagre dice mi abuela,
sana el ojo de fiera, no seas anfibio letrado
los colores ya no existen,
no hay manera de saber si es piedra o ceniza,
si es fuego u hogar,
si es mediocre el camino que gasta tu suela

y el sueño
que no puedes cumplir.

Atravieso los pinos,
se desmorona la honestidad bajo su amparo.
Me han dicho: ave imposible, parida de mí
conoces la extensión del bosque
y las entrañas,
las planicies.
Los vehículos
son hijos de la espera, de hojas marcadas,
madera podrida,
cada huella libera trazos de espiral,
ramas inauditas resquebrajan la lluvia.
Cruzo el tronco,
los árboles no hablan con nosotros
sino a través del humo,
malolientes,
apedreados por estómagos
cantan con la voz del barro.
Arrastrarse y tomar frutos vencidos
es un propósito, una voluntad,
una honestidad derrumbada,
cada acera es un almacén de techos brillantes
me doy cuenta,
sigo volando
cada calle es un pantano y yo me sirvo
de la inutilidad,
de las caras secas, inflexibles, traicioneras
engullen la poca luz.
Me sé hermana de otras obras,
me confundo al tomar la ventisca decisiva.
Aquí estoy,
lo dije antes, es una gran fiesta,

Emira dice feria yo la espero,
el hábitat nos alimenta,
los árboles me humillan por volar
como un fósil,
sé lo que formo entre pinos
no es un hogar,
no es una losa seca,
no es virilidad lo que el plumaje eleva
para dejar caer.

Vehículos hijos de la espera,
de la gota bendecida,
de la tarde útil,
repetidas las palabras del Libro de la Muerte,
hoy, una fiesta,
mañana, escritorio, falsa autoridad,
hoy me preocupa la bebida, su falta,
mañana, la tinta, su farsa,
hoy la gasolina nos espera,
son cuarenta mil pesos colombianos,
son un río crecido,
una vaca deshuesada,
un burro, su carne, específicamente,
el gato, el perro, cada bestia hace lo suyo
en esta locura,
marcar las ruedas, aguantar las ganas,
recorrer la ciudad con las manos,
empujando
suerte, hogar iluminado,
mano de kerosén,
suerte, carne de gusano,
vómito de perro,
arcoíris.

**GABRIEL DESANTIS CORRIGE LOS EXÁMENES
Y RECUERDA A TEÓFILO TORTOLERO**

Gasto el tiempo, las palabras,
el esperma vencido
honra esta noche como una luz,
un lapicero rojo en el pasto de otra tierra,
la última, cuero de vagancia y escalera.
No podré cotejar la tinta estudiantil,
las horas que no aproveché como juez de Nirgüa,
viendo la luz, cristales,
otras palabras derogadas, de sangre.
Recuerdo los bares,
viejas sombras, el ron,
la peste.
Hablo el ojo gastado,
la percepción áurea de la mesa,
la familia invertida;
no convoco el aula o la reparación,
me hago como el día que nace en mis manos
y lo entierro.

MACHETE

A cortar monte,
la mirada con llanto,
los libros crecidos sin razón:
todo representaba gotas,
sudor cristalizado,
miedo,
autobuses repentinos y autoridad;
todo era una loza quebrada, una pared,
una grieta y charco;
era la forma adolescente de creer,
la fachada puerca del fracaso
significó alguna vieja palabrería:
era alzar códigos o empuñar el machete,
perder la vista en ediciones antiquísimas
o recobrar un sentido masculino con sol y pasto,
amenaza la nuca descubierta al parásito
y su añorada urbe, cementerio inclinado
donde aún había monte por segar.
Así las palabras surgieron
cuando un techo tocó el cielo disponible,
la nube negra, la obstrucción vehicular;
sin pensar rebota la culpa, la hoja envenenada
tragada de lunes a viernes en aulas desmedidas,
todo se trató del espacio, los atardeceres,
las ventanas roídas, el sueño tumultuario de crecer,
ser otro.

LA MÁQUINA

a mi papá

De pie como los espantapájaros
hacemos vigilia donde Pedro,
cada metro atenuado por tragos inocentes
recobra su propia actuación,
miles de rostros procesados han partido
por la misma caminata o escalera,
miles de rostros han visto las agujas
o los lentes del prefecto,
miles de ojos han trazado la línea colindante,
la frontera encendida, la mera luz,
seres como fieras vistas
de la manera patrimonial
crecen en planicies,
seres como fieras acercan
los valiosos papeles y un brillo al cinturón,
tú los ves bajo la sombra de un hijo aparecido,
yo continúo las palabras genéticas,
la turbina del poema que advierto averiada,
los tornos, la única energía de un lenguaje paternal.
La fina presencia me llenó de alcohol todas las noches,
y aún no me parecía a ti,
no troquelaba el cobre en motores,
no hacía luz de aparatos calcinados,
no era una máquina de respeto,
no dibujaba los planos necesarios para crecer;
era yo un ingenuo cuando abracé la hoja sin sustancia,
el instituto condenado, los viejos libros;
era yo un ingenuo, despistado paseante,
forastero en tierra propia,

no atendí al auxilio de horas pasadas
y renegué del martillo que llevaba mi nombre,
sé de los ancianos cuadros de la tradición,
el hijo a su semblante, el padre a las formas,
sentado sobre su historia instala al siglo en el palmar,
de pronto los zamuros se inclinan,
no es el charco una investidura propicia.
De pie pasan las botellas, el padre habla,
el hijo se va a mear.

Este libro se venderá
pero no recibiré un bolívar,
por eso, dice mi madre, debo estudiar,
enfrentar la producción,
llenar otras páginas, otras palabras
otro lenguaje tampoco mío.
Por eso, dice mi madre, encorbatado
escribirás, no este libro, no los contratos,
las sentencias o actos administrativos,
un avión, un boleto o pata limpia.
Por eso recurre
a otras palabras que imagino acá,
artificio, profecía, basurero.
Por eso el libro, sinónimo
de pantalla, se escribe solo,
se descarga, se acicala,
trabaja por mí,
enciende las linternas,
la planta,
introduce hielo a la nevera,
me sirve los tragos,
me mantiene,
va a la universidad,
lee, copia, plagia,
traga gasolina,
me insulta,
toma las fotos,
va al tribunal,
interpone demandas,
miente en juicios,
ejerce el comercio,

es condenado,
reescribe el pacto de dos desgracias,
se dedica a transigir,
conciliar intereses opuestos;
por eso, fraccionado,
enemistado con la arbitrariedad del autor,
adolorido, sesgado recobra rencores,
abate la puerta familiar,
se incendia en la clínica,
se baña en el crimen doméstico,
las cerraduras, los meses,
la obsolescencia.

EL RÍO

Yo soy Javier Heraud,
voy por las rocas planas,
voy sobre corrientes,
las domino y descanso en ellas
para añorar la primera vez
en que tuve un lápiz en mi mano.
Yo soy Javier Heraud,
respiro encima de las palabras
que se aprovechan de una hora negra,
de un semáforo oscuro;
maldito el paseo embiste humo contra mí,
voy en el paso de cebra y una loza
acicala mis sienes,
engorda el ave funeraria
y mis ojos dejan de ver.
Soy Javier Heraud
y los vocablos desgranán
un pasado irreverente,
una geografía donde amantes
reposan de la crueldad
y no hay más espalda
para sanar esta luz;
voy por las piedras móviles,
las grandes escalinatas
me separan en la capital,
me descargan la mirada baja
alma sin fin.
Soy Javier,
soy el río,

soy una sombra de poeta traducida,
soy cantos ajenos traslúcidos,
reconocibles,
soy una obra juvenil,
duradera,
soy Javier
y voy por la acera alta,
por la alta zona del motorizado vetusto,
soy extranjero en los túneles
y eco de miradas negras,
soy hijo de autopista,
de luz perpetua, zapatería
y pan podrido,
soy el asfalto,
soy Gironde,
soy una Chevrolet.
Soy Rogelio Heraud
atisbando la joroba
en una ciudad sin causa.
Soy la mano que levanta la pimpina,
la boca que chupa mangueras,
la lengua que escupe cobre
y ojos pichos del llano.
Soy una noche,
un vaso maligno,
una torre toda de mentira,
sobre mí desfilan los niños,
los padres observan con recelo
la pulcritud de cada paso perdido,
escaleras caídas,
pies en falso hacen de mí un nuevo día;

sobre mí las bicicletas,

promesas de hollín,

orejas sucias.

Soy el hombre que desafía su cobardía

y pierde,

quien jamás aplaude la mano dadivosa,

quien toca la esponja con furor.

No me confundan,

soy Javier,

Pablo,

Emira,

Wallace,

Plath,

Barroeta.

Una sombra de tinta.

DESPACHO

I

El transeúnte me pregunta sobre la realidad que odio.

Hesnor Rivera

Vas a quedarte a oscuras, vas a quedarte a solas.

Vas a quedarte en la intemperie de tu pecho para que hiera quién te mata.

No invoques la Justicia. En su trono desierto se asiló la serpiente.

*No trates de encontrar tu talismán de huesos de pescado,
porque es mucha la noche y muchos tus verdugos.*

Olga Orozco

Un amargo pétalo de leyes y costumbres.

Rafael José Muñoz

LIMINAR

Afanado grito al silencio de los sepulcros,
muevo los labios, hermano,
muevo las palabras inútiles de la nueva madrugada,
soy pena y cobardía,
soy piedra lluviosa,
de espinas la corona soy,
la carne por masticar.
Soy secuestrado por la luz y en silencio trazo la pintura.
Mañana la escuela de Derecho encarnará mi voluntad de bestia,
de cuerda y matadero.
Mañana la facultad de Derecho será un sepulcro abierto
con sus códigos y rutinas.
Mañana hay alabanza a la hora nueva,
el segundo que muere al respirar.
No pido el grito,
no continúo la herencia que me fue dada,
los helechos en la quinta podrida,
el mármol,
la tumba sin silencio.
Algo nace y el Diablo se lo lleva.
Algo nace cuando quiero esperar y morir más pronto.
Algo nace en la ciudad cordial que la desquicia.
No es la facultad o el severo rostro de la institución lo que me culmina,
es la linterna,
su luz arrodilla mi voluntad,
su luz pernocta la hoja en la que escribo,
en el tendón burlado.

SILOGISMO

Pronto lo sabrás:

las copias certifican lo actuado.

Los folios, hojas sin redactar, expedientes,
moho is the new black.

Un tapabocas recibe al usuario,
un archivo lo enferma.

Premisa mayor, menor, conclusión,
las primeras clases en la facultad
bastan para no recibir pagos.

La norma tiene un fin, no un objeto,
no una mirada secreta entre las ramas,
no un hijo crepitando océanos,
no el moho que me espera en los juzgados,
sus cucarachas, sus señoras,
judicantes cuya única utilidad
es prestar la oreja,
rayar lo pactado,
tener por norte la verdad.

La norma como fin,
como presencia replicada en los poemas,
su estructura, supuesto, nexos, consecuencia;
la sistemática nos hace comprender, abatir,
llorar.

VOTO SALVADO

Repetirás los modelos como himno de una profesión bastarda
recluida a la sombra,
repetirás las santas palabras con honor,
repetirás horas al pie de la letra,
te levantarás insigne maestro con la certeza de borrar páginas
y celebrar nueva la escritura.

Tienes la boca reseca, garganta áspera,
no sabes parir los versos engendrados,
no dejas las manos quietas,
temblorosa cruzas la esfera familiar.

No conoces la palma, el urólogo,
eres incapaz de relucir el habla,
de inclinar tu billetera llena,
de tragar pastillas sin lamentarte.

Palpitará el labio cuando alces la mirada,
nadie te reconocerá,
ni los libros sin coser,
las palabras estrelladas con pureza.

Solo estudiarás la hoja quebrada, periódica.

LOS PASEOS BUROCRÁTICOS

Cristales, mosaicos, paredes viejas, olor a muerto,
todo aparece en las fotografías,
la piel deshecha, dolores pélvicos,
bolígrafo en mano.

Los burocráticos paseos pierden horas útiles al contemplar la nueva balanza,
el nuevo ornato público armado de toga, títulos, libros tras su faceta pulcra,
eléctricas horas medidas a pulso, ahí reposan las pruebas,
los archivos estallan, túnel carpiano, tendinitis,
como si de hojas llenas se tratara,
como si solo bastara rebozar las páginas, mancharlas de República,
crearlas grandes por repetir gestos ajenos.

Soñar las pisadas de la academia no es un deseo,
los jardines clásicos, intocables, el gran cubículo del seminario;
hoy nuestra casa carece de luz,
las paredes son sombra,
los padres sudan, sus hijos gastan la vida en el paseo burocrático,
en llenar los folios, consignar las copias,
calentar la incómoda silla
cuando no hay despacho,
colgarse en los cristales, mosaicos,
maderas viejas, hongos, vidas primitivas bajo techo.

MEMORÁNDUM 8819: JOSÉ BARROETA

Debes comenzar,

si no te enseñaron, traza una línea entre tradición y horario:

6 A.M. – Soltar el techo sucio,

opacar las hornillas, dejar hirviendo el agua que tragarás;

debes promover la costumbre, maíz quemado, hoja molida para ingerir,

comer cada seis u doce horas,

rociar con gotas el miembro y las axilas, exprimir la médula, apagar el ventilador,

si es posible lavar las manos una vez al día,

abotonar la camisa arrugada, el pantalón que no pudiste lavar a oscuras,

guardar tu Ley, olvidar los nombres de tus hijos.

8 A.M. – No descuides el minuterero, la muñeca adornada te indicará

si hoy abres o no la puerta. Tienes suerte,

no es tuyo el destino de la llave, no importan los avisos o textos intimidantes,

te saldrá la cara familiar en los cubículos, al asecho te esperarán los largos rostros

y los tigres administrativos.

1 P.M. – Podrás con suerte surcar los pasillos, almorzar sin ser visto,

hurtar la taza ajena. Podrás, si la vida te ha dotado de ello,

cerrar los ojos hasta la hora de salida, discutir por mensajería instantánea

mientras tus hijos son libres de escuela y pierden tiempo sin ti.

5:30 P.M. – La ventana negra del autobús,

el humo irremediable, hora de saltar o abrir la boca,

es tu oportunidad de repetir la geografía, montañas o concreto

sobre tus falanges, mirar los árboles, jabillo y adoquín quebrado,

las diminutas aceras te recordarán un hogar, si queda tiempo

detenerse entre oleadas, fijar la vista.

7:45 P.M. – Y llegarás,
no podrás enfermarte, reír, llorar o hacer sin deseo el amor,
te esperan los niños, el baño sucio, tu perro, su paseo nocturno,
las piernas te duelen, los brazos te saben a oficina,
no puedes sino pensar la hoja diaria, mañana tarde llegas
y te rindes a la presencia del inspector,
no puedes comer con calma o conversar,
la urna se abre en ventanas si piensas en la maestría.
No vale otra palabra, apodo, profesión,
cuentas lapsos, reproduces actas
como la masturbación diaria, la trampa dilatoria del proceso.

LOS EXÉGETAS

Tras los escritorios advierten su llegada,
los hombres recitan el código, un poema -diría Stendhal-
las palabras se derriten al sentir saliva, mantequilla y pan,
solo corean las primeras estrofas, solo recuerdan
el apunte envejecido, la cátedra repetida una y otra vez.
Esas fueron mis andanzas con los exégetas,
memorizar cada una de las palabras,
reiniciar el sentido, hacer biblia la legislación;
tal fue el ladrido en San Cárcel, los papeles salvajes
paridos del tribunal, páginas sin leer,
religiosas caminatas, pupitres inclinados
como el cementerio.

CONSULTA

Una hoja pisa los placeres del fracaso,
ordenados sistemáticamente, fabricados en masa,
expuestos sus datos en solemnes portadas
como los patrones, los jefes, los reyes
y así olvidar a los jefes, los reyes, los patrones
cuya mano última acaricia corderos,
su sangre, salvación judía,
muerte egipcia
al limpiar hogares de arañas, carcomas,
recobrar hijos con gasoil,
envasar vocales, botellas sobran
también manos dispuestas
para martillar: el cuello, las barbas,
dejar cuerpos, saborear la carne,
estómago quizá lleno,
una electromagnética impresión,
una visita: *recurso contra vías de hecho*, le diría al Sr. Barreto
cruzando la pantalla, borrando el texto poético,
el hecho presupuesto de la escritura.

II

¿A qué tanta ritualidad?

Marco Ramírez Murzi

*Estoy muriendo. Estoy muriendo de
una muerte lenta, callada, sin ruido.
Estoy muriendo sin morir.*

Antonia Palacios

*Yo entro a tu cuarto de muriente suavizando mi presencia
y mirándote de soslayo:
Si te miro de frente siento que soy tu testigo perverso.*

José Watanabe

La Muriente se esconde en el edificio nacional,
en las latas que lo adornan, en los rincones,
en los enchufes incinerados, en los expedientes barridos,
en las hojas sin autor;
se esconde en las sentencias, los escritos,
los falsos testimonios, en Gerson,
en el alcaloide, en la mirada negra del jurista;
se esconde para no impartir la mano que más falla,
confundida presa de verborrea, aislada los tacones rotos
del basurero, perdida, pérfida en las palabras y las fiestas,
vestida de toga, acicalada cabellera, brillante pasado
en la Universidad Católica del Táchira, futuro de lodazal,
confundida se sienta a rayar la palabra,
a escupir escritorios, absolver regicidas.

La mano entorpece el tintero rojo que riegas al firmar,
ves tras el zinc agujeros, muros disgregados
ángeles de barro llorando plástico,
chupando raíces mohosas, verde y bondad,
esta urbe oscurece como fosa ilíaca.

Ella esconde la mano envuelta en látex,
disimula los tacones torcidos,
encubre la cara repintada,
se escurre entre las páginas del juzgado, la telaraña tiene compañía,
desarticula el trono, desmiembra la mandíbula,
inyecta deslealtades, deja la M mayúscula
como signo de orfandad.

DIEZ (10)

A las doceavas horas del primero de abril, trasladadas de la boca a la tinta las palabras del ángel marchito, leídos los artículos, hilado el instrumento, alado desaparece con la Alguacil. Contamos los pasos, calles, avenidas, cantidad de bolsas negras, líquidos, miradas; contamos trazos, cobramos el favor, aplastamos eternas filas siendo aves, orinamos en la esquina, zapateamos las bocas pedigüeñas, impartir justicia eso es, cerrar las muelas, encontrar la noticia, hacerla pública, después ocultarla en togas.

A las treceavas horas consta en autos la citación del ciudadano [REDACTED], mayor de edad, titular de la cédula de identidad [REDACTED], hallado en [REDACTED], acosado de tentaciones, pródigo, hijo único de madre, reposando en posición decúbito dorsal, haciéndose el muerto, renegado de las palabras. Se le advirtió: *-Folio doce (12)-*

VEINTE (20)

Iniciado el acto se discute la orna, piel de tacón, la hernia por subir tantas escaleras llevando las piezas del expediente. Se discuten los hijos, objetos, decoración, se aman con la mano hecha trizas, olorosa. Arden gargantas en la audiencia. El abogado alzó la voz y me dio una cachetada, yo lo escribí. Yo me siento en la esquina del desprecio, los billetes no me hacen falta. Lo vi todo, el río de tinta, la saliva, las letras hispánicas. Leí cada fórmula innecesaria, ademán latino, cada boceto de inocencia. Al ángel lo sentaron para interrogarlo. Transcribo lo importante:

- ¿Conoce usted el lugar de los sucesos?

- Sí. Aterricé en el Araguañey el cuatro (04) de marzo.

- ¿Conoce usted si ese día hubo una fiesta en el Araguañey?

- No. La casa se hundió. La noche no acabó para nosotros. Las aceras se volvieron nuestras cicatrices, polvo negruzco. Teníamos que tumbar las paredes, derribar los árboles, llevarnos los altares, los niños. Pero lo olvidamos. Al día siguiente, sí, bebimos, nunca importaron los tres huesos.

- ¿Qué se sintió arder?

- Es como escribir. Es como cantar a rin pelao, como estudiar, leer la doctrina y escupirla. Es abanderarse, tomar la casa por el techo y hacerla laguna, paraguas, camioneta. Es hacer montones de plata o erigir las botas rotas, es quebrar la primera vista, decepcionarse, hacerse espuma.

El testigo “B” narró:

Eran las tres de la mañana, el hedor no arribó antes, él no lo permitía. Cada manguera tenía nombre. Cambiaban de color, tenían vida propia, cada milímetro de oscuridad llenaba los bolsillos. Nunca importaron las horas, los minutos, agotamos la vida. Los niños se quedaron en casa, el camión aulló e hizo brisa. Una mujer golpeada vio su color, rojo irregular sobre negro. Había algo de sueño cumplido, no más rostro en la pared, un nuevo marco colgaba, sin cabeza.

VEINTISIETE (27)

Intermedio. Cada paso es indispensable, la sombra se ejerce en tu nombre, en tu casa, con correa o manos arriba. Nos entendemos, cada paso es suficiente, cada acto se representa a sí mismo, cada folio es una hoja experta, una mirada comprendida en el asfalto, el tacón, la juez. Finaliza el intermedio.

Los sillones hundidos, partes presentes, apoderados presentes, se da inicio a la audiencia de la mediocridad. Primero habla la juez, su boca plagia telaraña y persuasión, los músculos se contraen, imparte no justicia sino mal aliento. Segundo, el defensor tropieza con su silla, con la sogá atada sobre ella, saca lengua en condición, su ángel reclama, su voz acicala el discurso. La mano una égida, el libro un paisaje reiterado, lugar común.

TREINTA (30)

Cierro el párpado. La constelación, los brillantes cielos desmedidos, el techo imaginario, social. Abro la ventana, reboza el polvo en el confesionario, la mano alzada, *jura usted decir la verdad y solo la verdad*, fórmulas antiquísimas, la tradición se resume, el epítome procesal, próxima escritura. Todo es mera lógica.

Alguien desea sentar la mirada. Indicio. Alguien desea alzar la voz, contemplar otras palabras, ser reiterativo. Alguien desea abandonar en última instancia, cerrar la puerta, las pestañas, el ojo quieto. Alguien nace para ser interrogado. La constelación imaginaria, el golpe en la sien, los últimos minutos. Bala en el pecho.

CUARENTA Y DOS (42)

Al finalizar, espejo de súbdito, alzas la luna nueva artificial, sol negro sobre las escápulas, sobre el orificio parietal la nueva bonanza se erige oscura, deprimida, sin linterna, como recabando la paciencia, el cabello, horas eternas he de pasar transcribiendo, infinito el cosmos negro sobre mí, único brillo, única presencia.

No es el santo, el enfermero, el papado, estudiante o acordeón lo interesante del lote ardiente. No amanece, detrás de los árboles un espacio me hace delirar: puntos, luciérnagas con altitud recobran el significado de otra discoteca. Este intento de descripción. El poblado titila, espejo de bonanza, lo negro me descubre, me arremolina la dignidad, mala espina.

CINCUENTA Y OCHO (58)

A las quinceavas horas del primero de abril ingresa al presente despacho el ciudadano [REDACTED], actuando como experto de la [REDACTED], acompañado de dos bestias y un arma de fuego se abalanzó extemporáneamente sobre el escritorio del secretario y produjo un escrito denominado “C” en el expediente N° 04-14819. Reproducimos parte del texto:

Busca el puño, los nudillos brillan dorados al estrellarse contra la piel, esplendorosos, reemplazados por palabras de hierro y un fósforo. Busca el hilo, gotas tendidas en el urinario, líquido inflamable circunda la biblioteca, todo es rojo y azufre en la mano apretada. Alguien cae en llanto. Busca el puño, sonora caricia del hueso lacera imparcialidades, busca el paño, está hirviendo la teja, se mojan los párpados.

No ves más, solo agua y rojo. Los semáforos se han vuelto parques. En las azoteas espían cada vocablo que trazas, occiso. El puño se envuelve en la mirada. El fuego en las hojas del archivo. Cementerio, cenizas quedan de un viaje al centro. Bajo para armar la costra, traerme una sílaba del paraíso, hacer un cráneo florido.

SESENTA Y CUATRO (64)

Preliminar la hora acordada. Sacamos al muerto de su urna, lo acompañan tres manos, tres repiques de saliva, tres doctores disfrazados de zamuros, comiendo ratas y gusanos. A las dieciséis horas aún hay despacho, aún recibo con molestia los escritos. Me delegan la tarea de escribir, de encausar los verbos finales, otro firmará, otra máscara, otra memoria vacía. Del trabajo solo espero orden y correa. Papeleo, horas extra, con mi puño foliar en la esquina superior derecha. Repetir el trámite. Esperar.

Ha llegado el muerto a las dieciséis horas. Lo sientan, le recitan sus derechos, el aire, el agua, el calor. Le recitan y amarga la vida pierde, le cuentan las bacterias. Tomo nota. Mi función es impersonal. Mi otra escritura.

SETENTA (70)

Estampada observo un ojo hundido, una forma de planicie encerrada, escapulario. Fuego al bombero, confieso, declaro en mi contra, la mano raspada enumera los frutos de esta cárcel, los líquidos cobrizos que resaltan su valor. Escribo a dictado, intento trazar otra denuncia, otra histeria, circulo en las mismas imágenes burocráticas, hacer de cada loza porcelana, zinc. La Muerte no deja de pensar. Aprovecho el descuido, otra palabra en falso y escapo. Llueve y mis piernas se ensucian. Ella se va y decide.

OCHENTA Y CINCO (85)

Arde la cabeza. Sentados la vemos recobrar puertas, tocar paredes, sentados adquirimos un sentido superior, otra obediencia, otra forma de aplaudir en rojo, su silueta, luz y fuego en cada paso de bendición. Entra ella al tribunal y sus esclavos alzan palabras. Hay una sombra que me entenece. Cómoda los días silban, las horas se vuelven insignificantes. La juez descansa sin hablar. No existen respuestas, ¿para qué? Si hay hojas hundidas, grapadas a un libro puerco, por venir. La M mayúscula, la resma bendita, la prevaricación. Todo es cierto. Justicia, gas, espadas embestidas. Los ojos bien abiertos. Solo falta un trámite, solo una hoja y terminamos.

DISCURSO PREVIO A DICTAR SENTENCIA

por Olga Orozco

Yo, La Muriente, por mi paciencia sé que hemos perdido el tiempo.
Amé las hojas, sus cobardes palabras suprimieron todo intento de fe,
amé el ocio inherente a las oficinas donde habitan salvajes animales,
plantas reseca, la sombra de un bombillo negro,
el colorido temblor de las carnes y esta lengua que demacra.
Tu historia está entre mis manos y hoy he olvidado lavarlas,
está entre uñas de judicantes, otros que han copiado el expediente,
de su estadía la mera imitación, un sillón bordado, un Cézanne
y semblantes rituales de testigos de profesionales,
lo demás no merece estampa, seguro quieres terminar,
labrar tu desdicha en las paredes mientras Calamandrei adorna
las palabras de tu sentencia.
Culminemos el proceso, sembremos un rostro libre y unos dedos sucios,
me ves así, empolvada, aparecida, imputada como los espejos.
No. Nadie tendrá el desdén de amedrentar o hacer milagros de favores.
Esta muerte es eventual, cumple con los trámites requeridos, lenta.
No pudiera perder tan rápido, debo suscribir las palabras amontonadas,
debo soportar calor y cuerda, horas tras el reclinatorio,
perder paciencia tras estrados.
Eres mi objeto. Mi hecho. Mi copia de declaración.
Ahora te condeno:



La República Bolivariana de Venezuela

En su nombre

LA MURIENTE

EXP N° 04-14819

Él entró pisando huesos hoy primero de abril del año dos mil diecinueve (2019) a la 1:30 P.M. Hoy con pimpinas en cada mano asistido de mangueras él interpone un sueño. Hoy recibimos las palabras manchadas, fijadas como un rostro en la mano homicida. Hoy se abren las ventanas abatidas de lagañas, fumigan las termitas y sus larvas no dejan de aparecer, la luz se impone y huye en agujeros. Hoy interrumpen mi almuerzo.

Hoy actúa la podrida majestad.

En su nombre, en el título de los papeles, en la sangría de las ediciones, en la molestia de los autores. Por arte de barbarie, en nombre de la tierra que no culmina pronuncio palabras destiladas. Él ingresó a este despacho hediondo a miche. El secretario se durmió. La alguacil remojó las llaves. Yo recogí al pobre ángel excitado con la boca hecha gárgaras, cubierto de polvo negruzco, olor a incendio. Yo pienso la vida, soy reclamada por la contemplación, miro desconsolada el contorno de las cosas copulando con el caos.

I

NARRATIVA

Alado abrió la garganta como hélices y la tinta comenzó a brotar:

La noche del cuatro (04) de marzo del 2019 solo las sombras nos arroparon, el sol no podía nacer, nadie saturaba la herida sin llorar. Todos hablaban del ganado, calor, miche; los familiares estaban a punto de marcharse, pero algo creció, algo le hizo aparecer, algo condensó su cuerpo como un horno. Seguíamos bailando entre asados, rojo el color se esparció hasta llegar al portón, la noche no dejaba de pujar. Unos huyeron sin éxito, calcinados con la chispa del volteo, yo conseguí lamer las quemaduras de quienes murieron sin alarde, de los caleteros, los gasolineros, los hombres que hacen del cobre alimento, potenciales pirómanos domésticos maestros de la manguera, de chupar combustible como aguardiente; yo llegué saboreando el fruto de la culebra colorada, coléricas las alas levanté y salvé un par de plumas. Después llegaron los bomberos, la fiesta cayó en ascuas, sus mangueras menos útiles separaron fruto y carne. Después los azulejos cercaron la pista, tomaron nuestros nombres y amarrados nos aventamos al camión, nos cantaron los bambucos de San Cárcel, nos alimentaron, el sol nacía enfermo. Pasaron días y la balanza posaba indecisa sobre mi nuca. Por eso escapé ciudadana juez, por eso me dirijo ante usted con el plumaje arrancado, por eso le pido: asómese en los galpones, palpe el órgano hinchado, haga cazar los pájaros, haga de la copia un poema.

Ciega a mano armada, admití lo que escuché mientras aplastaba cucarachas. De un grito todos se levantaron, la hastiada alguacil atravesó el despacho como una tumba, su boca repleta de telaraña, presa en la quijada, encendió el vehículo para cazar. Los azulejos cantaron reprimidos por la fiscal, ella intentó abordarlos en la plaza, colgar la jaula, limpiar su mierda; ella aprendió a los picotazos, primero a transcribir íntegras las palabras, después a traducirlas, luego hacerlas pasar por auténticas. Tras un rato pudo entender, arribó muerta en la oficina, balbuceaba:

Ellos comenzaron. Los gatillos afilados, la chispa se desprendió ancha como el sol, la lengua del imputado hundida para siempre en ceniza, incluso podrías llamarlo escalofrío, trayectoria interorgánica. La noche fue estremecimiento,

culpa, griterío; menor satisfacción: unos intentaron huir sin lograrlo, les falta el idioma, ellos también murieron incomunicados. El lenguaje les falla, no conocen las palabras o no tienen el coraje para apretarlas. La vida es dulce, dijeron, el lenguaje divorciado de sus cabezas, las hojas a punto de quemarse, una mano se las lleva, una voz las repite sin cesar:

Carrión, Piva, Williams, estaban los tres quemados: Carrión por la esquina del antro, Piva en la autopista de São Paulo, Williams por el mundo del idioma ultrajado. Williams, Piva, Carrión, estaban los tres manchados: Williams por el matrimonio, Piva por el acta del juzgado, Carrión por el mundo del barroco y los ojos cercenados. Carrión, Piva, Williams, fueron los tres en mis manos polvo de laboratorio, tres osamentas ennegrecidas, tres sombras sin autopsia, tres paredes de ceniza y gritos de niños asustados. Uno y uno y uno, estaban los tres desintegrados, con las moscas del intestino, con la licuefacción cadavérica, con la tinta del médico, por los borrachos asustados del cuatro de abril. Tres y dos y uno, los vi perderse en el portón cargados de gasolina, los vi cantando y esnifando por un millón de pesos, por la noche que enseñaba chispas de tabaco, por el ardor repleto de llagas, por mi alegría al tomar un vaso de agua, por mi pecho turbado de quemaduras, por el fin desierto. Carrión, Piva, Williams, puede el proyectil palpitar en la sangre del ángel, él puede soñar los ojos de revólver, el rojo, la noche perpetua, el calor; él puede, como nosotros, tomar voces ajenas, simularlas propias; él puede mentir, sacar hilo de su lengua, billetes del bolsillo; él pudo tasar los tres huesos, los minutos, la hipocresía. Son tres muertos identificados, son tres losas sucias en el camposanto, son tres barriles, informes, autopsias, piezas de procedimiento.

Fijado el litigio, llamados los testigos, horas muertas y mentiras. Escuchamos la loza pura, la casa roja, el puente derruido; derramamos lástima, procedemos.

II COMPETENCIA

Yo no soy lectora de nada. Soy un Proceso: unos folios marcados como camionetas, un edificio sin ladrillos, la consecuencia de un acto anterior precluido, la inquisición de paternidad, la herencia adquirida, el inventario. He aprendido a señalar las espaldas adecuadas, a reinar esta oficina como Luis XIV, hacer de mi voluntad cosa juzgada, íntima convicción convertida en grilletes, en dinero, en ruegos, amenazas. Yo no soy dueña de la hoja ni me arrastro para mancharla, todo sucede por casualidad, la escritura sucede, no importa su procedencia. Trazamos símbolos y nos creemos agua, repetimos letras y somos el Niágara. Yo no soy lectora, solo unas actas justifican mi presencia.

III CONSIDERACIONES PARA DECIDIR

Yo agarro la suerte y la muerte, así, por la palabra, por la maquinaria ruidosa de la palabra, las hago justicia sin tiempo (Pablo de Rokha, p. 7, *U*). Yo desdoble el archivo, las viejas horas consumidas en polvo, el verde, manchas sobre amarillo, transformo la realidad con un teclado, con una hora negra, con el sueño nacional: cruzar puentes blancos de otra hechicería, tener hijos europeos, paraguayos, surcar mares del calendario, pintar lienzos en la pared acartonada, el bombillo íntegro. Yo agarro la suerte para desahuciarla, tirarle las maletas, fijar los carteles de cada día, el pan. Las migas remueven la parte motiva de la sentencia, retumban la hoja del árbitro. Atentos sus ojos aceleran vicisitudes cuando el quid del litigio es un acordeón, otro cuerpo comprimido, un círculo de luz con las manos ocupadas, los labios húmedos: así comenzó, creció la suerte de la llama el cuatro de marzo, hechos comprobados por pericias y testimonios, por ojos y palabras tartamudas. Yo agarro la muerte, la hago examinar, la hago retorcer en líneas, experticias médicas, frases vacías, agarro la muerte ajena sin comprender, sin saber cuál mano atraviesa el espacio, las fauces, los abiertos órganos del cadáver.

Consta en autos la calcinada presencia del ángel. El experto describe: *rostro muerto sobre el tronco vivo, rostro rígido y pegado con clavos a la cabeza viva*. Llegó un mutilado en las oficinas, en su boca encontramos restos de alcohol, manchas de otra labia, aliento a brasa. Llegó un hombre desplumado, habló con soltura, se desmayó. Es vago, ignora su profesión, su nombre, aquello que le diera brío, que uniera su mirar con los días. Respondió íntegro a cada lengua, habló el idioma oscuro, descubrió la base de cada decisión, la sorprendente irracionalidad del despacho, paternalismo en los estrados. Acorraló los cristales, las pulpas aéreas para exigir: así se decide.

Así se lleva una hoja a la muerte, así se recicla el número que debemos evacuar, un halo de palabras y carcoma, violación de domicilio. Así expresa la denuncia, los tres cadáveres, tres lorquianas osamentas descubren un pueblo acosado de fieras y gandolas. Nomenclatura errónea, bien sabes que no hace frío, que no hierven las gotas de sudor al escuchar la infame pista: *la huella que hiere cada vez más en mi propia compañía, donde los ruidos nacen en nosotros*, ha dicho la testigo “A” como un falso supuesto, un cuerpo en práctica, una voz apropiada en palabras de Rodríguez, un escombros racional, bases de otra misiva más negra que los tres hombres identificados por sus dientes. Una a una las muelas arrancaron, el cráneo en ceniza, el hueso protegido de plástico, un intento de traslado y se rompió la cadena, se ató la custodia, la evidencia perdida, fabricada.

A las 02:30 P.M. del presente día el testigo “B” rindió su palabra, rindió su hora al descartar la presencia del funcionario. No hubo diente, solo hojas rebozadas, *copy-paste*. No hubo informe policial, muestras de ADN. Solo la lengua del poeta, la cotidianidad de su oficio nos lleva a trasladar textos, sin decoro; a trasladar el poema al escritorio, a la función pública. Gran suerte que el sistema inquisitivo nos permite acicalar nulidades, descubrir helechos y máculas sagradas, leer versículos en voz propia. No limitarnos a la simulación, a pintar los labios, vestir de traje. En fin, convalidados los nombres, falsificada la tinta, volvemos caras, torcemos el cuello como el caballo, dejamos esto atrás. Así se decide.

Sin fisionomías, sin costras abiertas, vestida de blanco, azulada sin alegatos, recito el encabezamiento del artículo 506 del Código de Procedimiento Civil patrio: *Las partes tienen*

la carga de probar sus respectivas afirmaciones de hecho, sus palabras rebozadas en la demanda, en la acusación si hacemos un pastiche, si escogemos la norma incorrecta, si no cumplimos las premisas de una sentencia justa, si quemamos a Taruffo, a Rengel Romberg y a Vásquez. Las partes -en este caso los ángeles abatidos- no cumplieron sus cargas, no denunciaron las horas negras con papeles sellados, no recabaron las patronímicas oraciones del esqueleto familiar, no tocaron con sus manos los huesos de aserrín, no hicieron de sus dientes gangrena. *Non liquet*. Así se llena un expediente podrido, archivado por años, lleno de polvo, moho y tapabocas, así reclamas el cintillo, cobras los honorarios, no hay victorias. Dicho así las palabras no ostentan una corona de humedad, un lenguaje cauterizado, roído de mañas, agonizante; dicho así el lenguaje jurídico no es una tumba, la Ley se resbala. Yo atajo sus palabras sancionadas. Yo decido.

IV DECISIÓN

En su nombre, como una alfombra, como un miliciano. En su nombre cobrizo de frontera doy fin a la incidencia, se borran los muertos, se borran las páginas, se tachan los nombres, el expediente será resguardado en el archivo. Yo la Muriente en nombre de la República y por autoridad de la Ley, de su enmarañada presencia de leviatán enfermo, drogado, sumido en el charco, sin hijos. En su nombre muero, nazco, escribo. En su insolada presencia difamo, me lleno los bolsillos, me opero. En su nombre de plaza llena la piedra reboza los jardines, en su nombre unos ángeles exigen auxilio.

Toma entonces, mi respuesta:

ÚNICA: Se declara [REDACTED] la [REDACTED] interpuesta por el ciudadano [REDACTED] [REDACTED] asistido por el abogado [REDACTED] contra la [REDACTED], por falta de cualidad.

En consecuencia:

SE ORDENA a [REDACTED] que palabras no hurten la corteza del fuego, que no siembren la desdicha del gasoil fogoso.

SE ORDENA la sombra patronímica del expediente, la raya fúnebre, la pérdida.

Notifíquese a las partes de la presente decisión. Publíquese y regístrese.

Dada, firmada y sellada en la Sala de Despacho de La Muriente, Edificio Nacional del Estado Táchira, en San Cristóbal, a los cuatro (04) días del mes de abril de dos mil diecinueve (2019), sin independencia ni federación.

La Juez

M

La Muriente de San Cárcel

El Secretario

Exp.- 04-14819

LMDSC/



Rogelio Aguirre (San Cristóbal, Venezuela 1997)

Culminó sus estudios de Derecho en la Universidad Católica del Táchira. Es autor de *La Catorce* (2020, La Casa Andrógina), así como de algunos textos publicados en las revistas *Arquitrave*, *Insilio*, *POESIA* (UC), *LP5*. Ha sido incluido en las antologías *Amanecemos sobre la palabra* (2017) y *II Antología de poesía joven Rafael Cadenas* (2018). Fue ganador del I Certamen de Literatura Regional “Iniciantes del Camino”, también obtuvo el primer lugar en el II Concurso de poesía joven Hugo Fernández Oviol y finalista en el II Concurso Nacional de poesía joven Rafael Cadenas.

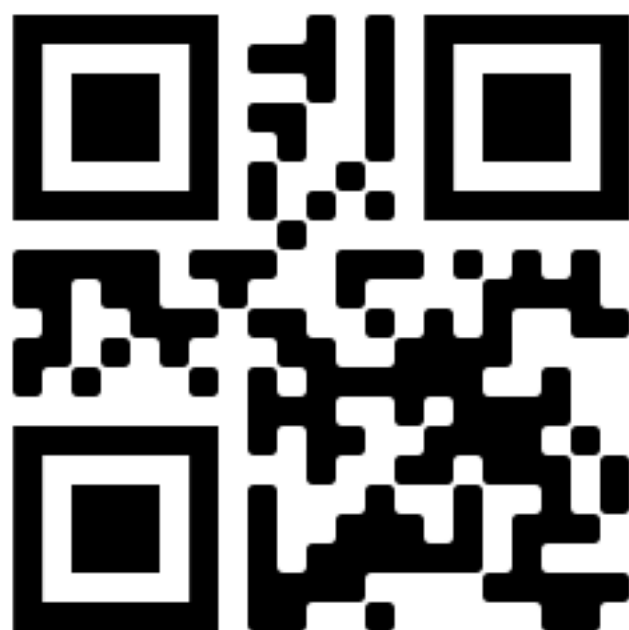


LP5
EDITORIA

<http://lp5.cl/>

<http://lp5blog.blogspot.com>

<https://lp5editora.blogspot.com/>



LP5
EDITORIA



POESÍA PARA DESCARGAR